

LAS TENDENCIAS DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA¹

Rosa Luxemburg

I

Hemos visto cómo, después de la disolución gradual de todas las formas de sociedad dotadas de una organización de la producción planificada —de la sociedad comunista originaria, de la economía esclavista, de la economía servil medieval— surgió la producción mercantil. Luego hemos visto cómo la economía capitalista de hoy creció a partir de la economía mercantil simple, es decir de la producción artesanal urbana, a fines de la Edad Media, en forma completamente mecánica, es decir, sin la voluntad y la conciencia del hombre. Al comienzo planteamos la pregunta: *¿Cómo es posible la economía capitalista?* Es ésta, por lo demás, la pregunta fundamental de la economía política como ciencia. La ciencia nos proporciona, al respecto, una respuesta suficiente. Ella nos muestra que la economía capitalista que, en vista de su total carencia de plan, en vista de la ausencia de toda organización consciente, es a primera vista una cosa imposible, un enigma inexplicable, se integra pese a ello en un todo y puede existir:

- mediante el intercambio de mercancías y la economía monetaria, todos los productores individuales de mercancías, así como las comarcas más alejadas de la Tierra, se ligan unas con otras económicamente, y se impone la división del trabajo en todo el mundo;
- mediante la libre concurrencia, que asegura el progreso técnico y, a la vez, transforma constantemente a los pequeños productores en proletarios, con lo que proporciona al capital fuerza de trabajo comprable;
- mediante la ley capitalista del salario que, por un lado, controla automáticamente que los obreros no se sustraigan nunca a su condición de proletarios, evadiendo el trabajo bajo las órdenes del capital, y por otro posibilita una acumulación siempre creciente de trabajo no retribuido, como capital, y con ello la siempre creciente acumulación y expansión de los medios de producción;

¹ Este texto reproduce las páginas 216-224 del libro de Rosa Luxemburg, *Introducción a la Economía Política*, Madrid: Siglo XXI, 2015 (e.o. 1925, traducido por Horacio Cifardini). La *Revista de Economía Crítica* agradece a la editorial Siglo XXI su amable autorización para reproducir el texto.

- mediante el ejército industrial de reserva, que permite a la producción capitalista expandirse ampliamente y adaptarse a las necesidades de la sociedad;
- mediante la nivelación de la tasa de ganancia, que determina el permanente movimiento del capital de una rama a otra de la producción, regulando así el equilibrio de la división del trabajo; y finalmente
- mediante las oscilaciones de los precios y las crisis, que determinan en parte día a día, en parte periódicamente, un ajuste de la ciega y caótica producción con las necesidades de la sociedad.

De este modo existe la economía capitalista, mediante la acción automática de aquellas leyes económicas que surgieron por sí mismas, sin que se inmiscuya conscientemente la sociedad. Es decir que, de este modo, pese a la ausencia de toda ligazón económica organizada entre los diversos productores, pese a la total carencia de plan en el movimiento económico de los hombres, se hace posible que avancen la producción social y su ciclo integrado con el consumo; que la gran masa de la sociedad sea mantenida en el trabajo, las necesidades de la sociedad satisfechas mal o bien, y asegurado, como base de todo el progreso de la cultura, el progreso económico, el desarrollo de la productividad del trabajo humano.

Estas son las condiciones fundamentales para la existencia de toda sociedad humana y, mientras una forma de economía históricamente surgida satisface estas condiciones, puede subsistir, constituye una necesidad histórica.

Sin embargo, las relaciones sociales no son formas rígidas, invariables. Hemos visto cómo, en el curso de los tiempos, experimentaron numerosas transformaciones, cómo están sometidas a eterno cambio al que abre camino el propio progreso cultural humano, la evolución. Los largos milenios de la economía comunista originaria, que conducen a la sociedad humana desde los primeros comienzos de la existencia aún medio animal hasta un grado elevado de desarrollo de la cultura, a la formación del lenguaje y de la religión, a la cría de ganado y a la agricultura, a la vida sedentaria y a la constitución de aldeas, sigue la gradual descomposición del comunismo originario, la formación de la esclavitud antigua que, a su vez, trae consigo nuevos progresos en la vida de la sociedad para finalizar luego con el ocaso del mundo antiguo. A partir de la sociedad comunista de los germanos, se desarrolla en Europa central sobre los escombros del mundo antiguo, una nueva forma —la economía de la servidumbre, sobre la cual se basó el feudalismo medieval.

La evolución retoma nuevamente su avance ininterrumpido: en el seno de la sociedad feudal de la Edad Media, surgen en las ciudades gérmenes de una forma de economía y de sociedad enteramente nueva, se desarrollan la artesanía gremial, la producción mercantil y el comercio regular que finalmente descomponen la sociedad feudal basada en la servidumbre; ésta se desmorona dejando sitio a la producción capitalista, que ha crecido de la producción artesanal de mercancías gracias al comercio mundial, al descubrimiento de América y a la vía marítima hacia India.

El modo de producción capitalista, considerado desde un comienzo desde la inmensa perspectiva del progreso histórico, no es por su parte inalterable y eterno, sino que constituye una simple fase de transición, un escalón de la escala colosal del desarrollo cultural humano, al igual que cualquier otra de las formas sociales precedentes. Y, en efecto, cuando se examina cuidadosamente la cuestión, se ve que el desarrollo del capitalismo mismo lleva a su propio ocaso y a su rebasamiento. Hasta aquí hemos indagado los vínculos que hacen *posible* la economía capitalista, de modo que ya es tiempo de tomar conocimiento de aquellos que la hacen *imposible*. Para ello sólo necesitamos seguir las leyes internas de la dominación del capital en sus efectos ulteriores. Son ellas mismas las que, en cierto punto del desarrollo, se vuelven contra las condiciones fundamentales, sin las cuales no puede existir la sociedad humana. Lo que distingue el modo capitalista de producción de todos los anteriores es, principalmente, que él tiene la tendencia interna a expandirse sobre todo el globo terrestre, desplazando todo otro orden social anterior.

En tiempos del comunismo originario, todo el mundo accesible a la investigación histórica se encontraba ocupado por igual por economías comunistas. Pero entre las diversas comunidades y tribus comunistas no existían relaciones; o las había, débiles, sólo entre las comunidades cercanas entre sí. Cada comunidad o tribu vivía, en sí misma, una vida cerrada y si, por ejemplo, encontramos hechos sorprendentes como aquel de que la comunidad comunista germana medieval y la del Perú antiguo, en Sudamérica, tenían prácticamente el mismo nombre, ya que aquella se llamaba "mark" y ésta "marca", esta circunstancia es todavía para nosotros un enigma inexplicado, si no una simple coincidencia. Igualmente en los tiempos de la difusión de la esclavitud antigua encontramos *similitudes* mayores o menores en la organización y las relaciones reinantes en las diversas economías o estados esclavistas de la Antigüedad, pero no una comunidad en su vida económica. Del mismo modo, se reiteró la historia de la artesanía gremial y de su liberación, con mayor o menor grado de coincidencia, en la mayoría de las ciudades medievales de Italia, Alemania, Francia, Holanda, Inglaterra, etc., sin embargo, se trataba las más de las veces de la historia de cada ciudad en sí misma. La producción capitalista se extiende a todos los países, ya que no sólo los conforma económicamente a todos del mismo modo, sino que los articula en una única, gran economía capitalista mundial.

Dentro de cada país industrial europeo, la producción capitalista desplaza incesantemente la producción de pequeña industria, la artesanal y la pequeña producción campesina. Simultáneamente, incorpora a la economía mundial a todos los países europeos atrasados y todos a los países de América, Asia, África, Australia. Esto procede por dos vías: a través del comercio mundial y a través de la conquista colonial. Uno y otra se iniciaron de la mano; con el descubrimiento de América a fines del siglo XV, se expandieron más allá en el curso de los siglos siguientes, pero alcanzaron especialmente en el siglo XIX su máximo auge y continuaron expandiéndose incesantemente. Ambos —tanto el comercio mundial como las conquistas coloniales— actúan juntos del siguiente modo. Comienzan por poner en contacto los países industriales de Europa con todo tipo de sociedades de otros continentes que se basan en formas de cultura y de economía más antiguas: economías esclavistas campesinas, economías feudales de servidumbre, pero preponderantemente con formas comunistas originarias. El comercio, al que estas economías se ven incorporadas, las arruina y descompone rápidamente. Con la fundación de sociedades mercantiles coloniales en territorio extranjero, o con la conquista directa, la tierra, fundamento más importante de la producción, así como los rebaños de ganados allí donde los hay, pasan a manos de estados europeos o de las sociedades comerciales. De este modo se ven aniquiladas, en todas partes, las relaciones sociales naturales y el tipo de economía de los aborígenes; pueblos enteros se ven diezmados y la parte que queda de ellos es proletarizada y puesta de uno u otro modo, bajo el mando del capital industrial y comercial, como esclavos u obreros. La historia de las décadas de guerras coloniales, que se prolonga durante todo el siglo XIX; levantamientos contra Francia, Italia, Inglaterra y Alemania en África; contra Francia, Inglaterra, Holanda y los Estados Unidos en Asia; contra España y Francia en América, en la larga y tenaz resistencia de las viejas sociedades autóctonas contra su exterminio y proletarización a manos del moderno capital, lucha de la que finalmente surge en todas partes el capital como vencedor.

Esto entraña en primer término una enorme ampliación del ámbito de dominación del capital, un desarrollo del mercado mundial y de la economía mundial en la que todos los países habitados de la Tierra son recíprocamente productores y compradores de productos, trabajan unos para otros, son participantes de una y la misma economía que abarca todo el globo.

Pero el otro costado consiste en la pauperización progresiva de porciones cada vez más amplias de la humanidad, y la creciente inseguridad de su existencia. Mientras las viejas relaciones, comunistas, campesinas o de servidumbre, con sus limitadas fuerzas productivas y poco bienestar, pero con sus condiciones de existencia firmes y aseguradas para todos, se ven remplazadas por las relaciones capitalistas coloniales, y junto a la proletarización y a la esclavitud asalariada, para todos los pueblos implicados en América, Asia, África, Australia, se alzan amenazantes la miseria brutal, una carga laboral inusitada e

insoportable y, por añadidura, la completa inseguridad de la existencia. Después que el fértil y rico Brasil fuera transformado, para satisfacer necesidades del capitalismo europeo y norteamericano, en un gigantesco desierto y en una plantación de café ininterrumpida después de que masas enteras de aborígenes fueron transformados en esclavos asalariados en las plantaciones, estos esclavos asalariados, por añadidura, se ven abandonados por largo tiempo, repentinamente, al desempleo y al hambre a raíz de un fenómeno puramente capitalista: la llamada "crisis del café". La rica y enorme India fue sometida por la política colonial inglesa a la dominación del capital, después de una resistencia desesperada que duró décadas; y desde entonces las hambrunas y el tifus exantemático, que arrebatan millones de víctimas cada vez, son huéspedes periódicos de la comarca del río Ganges. En el interior de África la política colonial inglesa y alemana ha transformado en esclavos asalariados a pueblos enteros en los últimos 20 años, y ha aniquilado por hambre a otros dispersando sus huesos en todas las regiones. Los² levantamientos desesperados y las epidemias de hambre del gigantesco imperio de China son consecuencia de la pulverización de la antigua economía campesina y artesanal de ese país por la irrupción del capital europeo. La irrupción del capitalismo europeo en los Estados Unidos, fue acompañada inicialmente por el exterminio de los indios aborígenes norteamericanos y el despojo de sus tierras por los ingleses inmigrantes; luego por la puesta en marcha, a comienzos del siglo XIX, de una producción capitalista primaria para la industria inglesa; luego por el esclavizamiento de cuatro millones de negros africanos enviados y vendidos en América por tratantes europeos, para ser puestos al mando del capital como fuerza de trabajo en las plantaciones de algodón, azúcar y tabaco.

Así, un continente tras otro y, en cada continente, una región tras otra, una raza tras otra, caen inevitablemente³ bajo la dominación del capital, pero con ello caen, permanentemente, millones de seres humanos en la proletarización, en el esclavizamiento, en la inseguridad de la existencia, en pocas palabras, en la pauperización. La formación de la economía mundial capitalista trae consigo como contrapartida la difusión de una miseria cada vez mayor, de una carga insoportable de trabajo y de una creciente inseguridad de la existencia en todo el globo, que corresponde a la concentración del capital en pocas manos. La economía mundial capitalista significa cada vez más el constreñimiento de toda la humanidad al duro trabajo bajo innumerables privaciones y dolores, bajo degradación física y espiritual, con la finalidad de la acumulación de capital. Hemos visto que el modo de producción capitalista tiene la particularidad de que el consumo humano, que en todas las formas anteriores de economía era un fin, es para ella un medio que sirve para alcanzar el verdadero fin: la acumulación de ganancia capitalista. El crecimiento del capital en sí mismo aparece como comienzo y fin, como finalidad propia y sentido de toda la producción. Pero la insensatez de estas relaciones recién se pone en evidencia cuando la producción capitalista llega a convertirse en producción mundial. Entonces, en la escala de la economía mundial, el absurdo de la economía capitalista alcanza su justa expresión en el cuadro de toda una humanidad que gime, sometida a terribles dolores bajo el yugo del capital, un poder social ciego, creado inconscientemente por ella misma. La finalidad fundamental de toda forma social de producción: el sostenimiento de la sociedad por el trabajo, la satisfacción de sus necesidades, aparece recién entonces completamente patas arriba, ya que se convierte en ley en todo el globo, la producción no por el hombre sino por la ganancia y se convierte en regla el subconsumo, la permanente inseguridad del consumo y, temporariamente, el no-consumo de la enorme mayoría de los hombres.

El desarrollo de la economía mundial trae consigo simultáneamente otros fenómenos importantes, que lo son por cierto, para el propio capital. La irrupción de la dominación del capital europeo en los países extraeuropeos, como hemos dicho, atraviesa dos etapas: primeramente la entrada del comercio y, por este medio, la incorporación de los aborígenes al intercambio de mercancías, en parte también la

² Nota al margen de R. L. (en lápiz): India tifus exantemático. (*La Red.*)

³ Nota al margen de R. L. (en lápiz): Exterminio de los pueblos primitivos. (*La Red.*)

transformación de las formas de producción halladas en aquellos países, en producción mercantil; luego la expropiación, de un modo u otro, de la tierra de los aborígenes y, en consecuencia, de sus medios de producción. Estos medios de producción se convierten, en manos de los europeos, en capital, mientras los indígenas se transforman en proletarios. A las dos primeras etapas sigue, sin embargo, por lo general, tarde o temprano, una tercera: la fundación de una producción capitalista propia en el país colonial, ya sea por parte de europeos inmigrantes, ya sea por indígenas enriquecidos. Los Estados Unidos de Norteamérica, que fueron poblados inicialmente por ingleses y otros emigrantes europeos, constituyeron en un primer momento una vez que hubieron sido exterminados los indígenas pieles rojas en una larga guerra, un *hinterland* agrario de la Europa capitalista que proveía materias primas para la industria inglesa, como algodón y granos; como contrapartida era comprador de productos industriales europeos de todo tipo. Pero en la segunda mitad del siglo XIX surge en los Estados Unidos una industria propia que no sólo desplaza las importaciones procedentes de Europa sino que pronto opone dura competencia al capitalismo europeo en la propia Europa y en otros continentes. En la India, igualmente, surgió para el capitalismo inglés un competidor peligroso consistente en la industria local, textil y de otras ramas. Australia ha recorrido el mismo camino de desarrollo, de país colonial a país capitalista industrial. En Japón se desarrolló una industria propia ya en la primera etapa —a partir del impulso del comercio mundial—, lo que lo preservó de ser repartido como país colonial europeo. En China se complica el proceso de desmembramiento y saqueo del país por el capitalismo europeo con los esfuerzos del país por fundar una producción capitalista propia con ayuda de Japón para defenderse frente a la europea, de lo que resultan para la población, por otro lado, sufrimientos doblemente complejos. De este modo, no sólo se extienden por todo el mundo la dominación y el poder del capital mediante la creación de un mercado mundial, sino que se extiende asimismo, gradualmente, el modo de producción capitalista por todo el globo. Pero con ello la necesidad de expansión de la producción y el ámbito en que esta expansión puede tener lugar, es decir la accesibilidad de mercados de venta, se encuentran en una relación cada vez más precaria. Como hemos visto, la necesidad más íntima y la ley vital de la producción capitalista es que no puede mantenerse estacionaria, sino que tiene que expandirse permanentemente y cada vez más rápidamente, es decir producir masas de mercancías cada vez más cuantiosas en empresas cada vez más grandes, con medios técnicos cada vez mejores, cada vez más velozmente. En sí mismas, estas posibilidades de expansión de la producción capitalista no conocen límites, pues no tienen límites el progreso técnico ni, por tanto, las fuerzas productivas de la Tierra. Pero esta necesidad de expansión choca con límites perfectamente determinados, particularmente con el interés de ganancia del capital. La producción y su expansión sólo tienen sentido mientras surge de ellas, al menos, la ganancia media "normal". Pero el que esto ocurra o no, depende del mercado, es decir de la relación entre la demanda solvente del lado de los consumidores y la cantidad de mercancías producidas, así como sus precios. El interés del capital por la ganancia que, por un lado, exige una producción cada vez más rápida y cada vez mayor, se crea a sí mismo, permanentemente, límites de mercado que cierran el paso al fogoso impulso de la producción hacia la ampliación. De ello resulta, como hemos visto, el carácter inevitable de las crisis industriales y comerciales que periódicamente ajustan la proporción entre el impulso de la producción capitalista, en sí mismo libre e ilimitado, y los límites capitalistas del consumo, haciendo posible la prolongación de la existencia y el desarrollo del capital.

Pero cuanto más numerosos son los países que desarrollan una industria capitalista propia, y mayores la necesidad y posibilidad de expansión de la producción, tanto más estrechas se vuelven, en relación con ellas, las posibilidades de ampliación de los límites de mercado. Si se comparan los saltos con los que la industria inglesa ha progresado en las décadas del sesenta y del setenta —cuando Inglaterra era todavía el país capitalista dominante en el mercado mundial— con su crecimiento en los dos últimos decenios —desde que Alemania y los Estados Unidos la desplazaron en grado significativo en el mercado mundial— resulta que su crecimiento se ha hecho mucho más lento con respecto al que tenía lugar anteriormente. Pero lo que fue en sí el destino de la industria inglesa, lo tienen por delante inevitablemente la alemana, la norteamericana y, en definitiva, la industria mundial en conjunto. Irresistiblemente, en cada paso de su

propio avance y desarrollo, la producción capitalista se aproxima al momento en que sólo podrá expandirse y desarrollarse cada vez más lenta y difícilmente. Claro está que el desarrollo capitalista tiene por delante todavía un buen trecho de camino, puesto que el modo de producción capitalista, como tal, representa todavía la menor proporción de la producción mundial total. Incluso en los más antiguos países industriales de Europa subsisten todavía, junto a grandes empresas industriales, numerosos pequeños establecimientos artesanales y, ante todo, la mayor parte de la producción agraria —especialmente la de tipo campesino— no se lleva a cabo a la manera capitalista. Además, en Europa hay países donde la gran industria apenas se ha desarrollado, donde la producción local presenta predominantemente carácter campesino y artesanal. Y, finalmente, en los restantes continentes, con la excepción de la parte norte de América, los lugares de producción capitalista representan sólo pequeños puntos dispersos, mientras enormes extensiones de tierra no han llegado siquiera, en parte, a la producción mercantil simple. Ciertamente es que la vida económica de todas estas capas y países que no producen ellos mismos a la manera capitalista; en Europa, como en los países no europeos, también está bajo la dominación del capitalismo. El campesino europeo, aunque lleve a cabo él mismo, todavía, la más primitiva de las economías parcelarias, depende íntegramente de la gran economía capitalista, del mercado mundial, con el cual lo han puesto en contacto el comercio y la política fiscal de las potencias capitalistas. Del mismo modo los países no europeos más primitivos son puestos bajo el dominio del capitalismo europeo y norteamericano por el comercio mundial así como por la política colonial. Pero el modo de producción capitalista en sí podría lograr todavía una poderosa expansión si desplazase en todas partes todas las formas de producción atrasadas. Por lo demás, como lo hemos mostrado anteriormente, la evolución se da, en general, en esta dirección. Pero justamente en esta evolución se atasca el capitalismo en la contradicción fundamental siguiente: Cuanto más reemplaza la producción capitalista producciones más atrasadas, tanto más estrechos se hacen los límites de mercado, engendrado por el interés por la ganancia, para las necesidades de expansión de las empresas capitalistas ya existentes. La cosa se aclara completamente, si nos imaginamos por un momento, que el desarrollo del capitalismo ha avanzado tanto que, en toda la Tierra, todo lo que producen los hombres se produce a la manera capitalista, es decir sólo por empresarios privados capitalistas en grandes empresas con obreros asalariados modernos. La imposibilidad del capitalismo se manifiesta entonces nítidamente.